

Una andadura de noche hacia el

“TURO DEL HOME”

Los badajos de las campanas se estremecían bajo la fría penetrabilidad de la niebla, el campanario intentaba dormir sin casi despedirse de la luna, abrazada fuertemente por el halo pertinaz de la niebla que robaba sus mejores galas a la novia de la soledad. Así, principió en forma poética nuestra salida.

En realidad, sobre las doce emprendimos la marcha desde Campins hacia Santa Fe, proponiéndonos llegar al «Turó del Home» para disfrutar allí del espectáculo de la salida del sol a casi dos mil metros de altitud y ante un paisaje, cuyos verdes y gigantes macizos casi nos hubieran aplastado de no tenerlos humillados a nuestros pies.

La sinuosa carretera que va encaramándose lentamente de Campins a Santa Fe nos reservó ya de principio una sorpresa espléndida. Toda la extensión de llano que podía abarcar nuestra vista, y que duerme y trabaja en el sucederse de noches y de días, de lunas y de soles, de tempestades y de calmas, quedaba completamente cubierto por una calina densa y esponjosa—diríamos mejor quizá una masa de nubes— que cerraba completamente el panorama al dirigir la vista para disfrutar del terreno nutrido de las lomas. En lo alto, la luna hería miradas, honno misterioso donde se gestaba, sin interrupción, un néctar desconocido y agobiante. De las estrellas parecía brotar sangre, clavadas cual cuña en el azul profundo de la noche. El cielo no era un espejo, tenía irrisaciones de lágrima.

Santa Fe. El reloj añorando quizá el descanso sobre la mesita de noche, bostezaba inquieto, pero señalaba puntualmente la una menos diez. Todo dispuesto, la mochila a la espalda, con relevos de cuarto de ho-

ra emprendimos la marcha sin más dilación.

Nuestras voces de una forma intermitente iban dejando ondas en la quietud de la noche. Al llegar a la «Font de Passabets» la obscuridad era deslumbrante; gracias a una buena linterna, pudimos salvar el peligroso vericuetto. Era una marcha sobre muelles, tal era el grosor de las hojas de haya esparcidas por el suelo, transidas de humedad y silencio. Vadeamos un torrente de poco curso para al poco encontrar una clara indicación del camino hacia el «Turó».

Lo emprendimos en silencio; trechos muy rudos, otros de andadura más suave, a hora un alto para descansar breves momentos, bebiendo el silencio del silencio o para contemplar el cielo que se nos mostraba pletórico de una velada belleza que en la soledad de nuestra contemplación semejaba más grandiosa. La mochila iba cambiando de espalda, y nuestros pies iban ganando terreno de forma decidida y firme. Marte, silencioso y hierático con su luz rojiza, nos seguía para clavarnos más hondo el agujón de su misterio. Las estrellas nos salpicaban de su grandeza, y seguíamos, seguíamos. ¡La «Font d'en Briançó», a poco más de tres cuartos de hora de nuestro objetivo! Eran las tres menos cuarto. La luna se escondía rápidamente tras una cresta, que quedaba a nuestra derecha antes de coger el rampante del «Turó». Bebimos y descansamos, y... ya llegados casi a la cima, antes de atacarla definitivamente, nos asomamos a la cresta mencionada, y allí sentimos frío. La temperatura sería de 7 u 8 grados sobre cero, más, no. Silbaba un viento como de ventisca. Desde este lugar, todo era negrura hacia el fondo; arriba, la luna im-

pasible; abajo, las únicas luces del Hotel Sant Bernard y del pueblo del Montseny. El espectáculo grandioso, el ambiente único; mi vocabulario, pobre, para glosar aquel momento inolvidable.

Alcanzamos la cima y, resguardados en un recodo, esperamos el alba. Eran ya las cuatro de la madrugada. La andadura nos había abierto el apetito. Un frugal yantar y un vino hecho de silencios y efectividad nos entonó hasta alejarnos el frío. Medio dormíamos cuando los primeros crujidos de la naturaleza entonaron su himno al levante del mundo. El alba iba haciéndose vida, su luz la sentíamos ya en nuestras venas, los nervios se distendían. La luna acababa de caer vencida en un horizonte lejado. Casi eran las seis cuando el sol luchaba por salir entre una espesa capa de nubes. El silencio se hizo cuerpo celeste. La expectación era una idea fija en nuestra mente. Ante el milagro del amanecer. Nuestro espíritu fué testigo de la grandeza de Dios en un hecho que, a no dudar es la repetición de la creación del mundo y de la ordenación de las tinieblas, nuestros rostros recibían los primeros rayos solares y era como si las manos de Dios nos crearan de nuevo, y el «Turó» fuera por un momento un Paraíso, no importa donde ni en que lugar del mundo.

Con pasos de gigante llegó el día entre nosotros. Explorar el terreno, mirar... A nuestra izquierda, el «Turó de les Agudes» que sin pestañear engullía la luz naciente. En una loma próxima al «Turó» almorzamos. Después, descansamos un par de horas. Nos envolvió el silencio, y la montaña fué testigo de nuestro sueño.

En el descenso, la niebla nos acosó valientemente.

Llegamos a la «Font d'en Briançó», donde hicimos alto. Por un atajo, y en hora y media de camino pedregosa y abrupto llegamos a la «Font de Passabets». De allí a Santa Fe, un paso A Campins llegamos a las dos de la tarde.

Sin saber por qué, cerca ya de Campins, recordé un verso del gran poeta olotense Gerau de Liost, acertada glosa de nuestro sentir, rendida ya nuestra excursión, nuestra andadura...

«¡Adéu Montseny; adéu Montaña d'Amatistes!»

Luis Bosch C.

Asociación Deportiva de Pesca Marítima

San Feliu de Guixols

Clasificación General del IX Concurso. 1956

1.º Sr. Juan Oliver, 3.170 puntos. 2.º Sr. Enrique Roca 2.570 puntos. 3.º Sr. Alfredo Morales, 1.890 p. 4.º Sr. Arnaldo Recasens 1.440 p. 5.º Sr. Pedro Llandrich 1.150 p. 6.º Sr. José Pugnau, 910 p. 7.º Martín Madrenas, 900 p. 8.º Martín Navarra, 850 p. 9.º Sr. Feliu Remus, 800 p. 10.º Sr. Moisés Fonalleras, 760 p. 11.º Rogelio Roig, 750 p. 12.º Sr. Ramón Ferrer, 680 p. 13.º Sr. Juan Vicens, 500 p. 14.º Sr. Pedro Calzada, 485 p. 15.º Sr. Alejandro Granolleras, 480 p. 16.º Sr. Juan Viñals, 440 p. 17.º Sr. Narciso Soler, 380 p. 18.º Sr. José Lladó, 320 p. 19.º Juan Duch, 300 p. 20.º Sr. Enrique Hereu 270 p. 21.º Sr. Francisco Colomer, 230 p. 22.º Sr. Antonio Ayala, 120 p.

PREMIOS ESPECIALES

Copa de Plata: al Sr. Alfredo Morales, por la captura de un pez superior a 1.000 gramos de peso.

Copa Pensión Tiri: al Sr. Narciso Soler, último clasificado que ha asistido a todos los Concursos del presente año.

«La pesca obtenida en los concursos celebrados en esta ciudad se destinó a Beneficencia.»